

CONFERENCIA IV

LA FE

1. **El Cristianismo no ha muerto, pero corre grandes peligros.**—Si uno de nuestros antepasados, uno de los menos sabios, pero de los más firmes, saliese en nuestros días del sepulcro, nos diría: «Difícil es vivir ahora entre vosotros. Vuestra vida política, como vuestra vida privada, se desarrolla en medio de contradicciones, de las cuales nada podemos comprender. Vosotros mismos no queréis entender la razón, sino que os mostráis orgullosos de vuestras contradicciones. No parece sino que os complacéis en decir sí y no al mismo tiempo, y en colocar sobre el mismo altar á Dios y á Baal. Aseguráis que no queréis abolir la religión, sino perfeccionarla y consolidarla más que nunca, pero en verdad, sólo queréis interpretarla y arreglarla á vuestro gusto. Afirmáis que no tenéis prevención alguna contra la fe, pero sólo con la condición de que se deje transformar con el tiempo y no tengáis que practicar lo que ordena. Declaráis ateo al Estado y cosa personal la religión, pero si uno practica personalmente su religión sin consideración al Estado, que dice no tener ninguna, no lo toleráis. En vuestra vida privada no hacéis caso alguno de la religión, pero si ésta no consigue que otros cumplan sus deberes de ciudadanos, y si, sobre todo, no logra que se sometan y sufran las masas, entonces os enfurecéis contra ella. En una palabra, mientras la religión os ofrezca ventajas, deben practicarla los demás, pero no debe intervenir en nada, ni ejercer la menor influencia pública».

¿Cómo entender esto? ¿Es inconsecuencia ó ignorancia? ¿Es astucia política ó miedo irreflexivo y cobarde homenaje al poder de lo sobrenatural?

No nos equivocamos al suponer que todos estos motivos influyen más ó menos en la situación. En todo caso, domina en las cosas referentes á la religión una mezcla muy grande de contradicción y falta de carácter.

Sin duda que sólo hay un número muy restringido de personas que tengan el valor de confesar lo que Strauss y Hartmann han dicho abiertamente en su nombre: «No somos cristianos; nos avergonzamos del disimulo; no queremos llevar un nombre al cual nada responde en nuestro interior». Sin embargo, aumentan cada día estas gentes de costumbres paganas, cristianos en apariencia, que sólo consideran la religión como cosa privada, como vieja herencia á disposición del capricho, así como aquellos partidarios del término medio, que creen poder exigir del Cristianismo lo que les conviene, y ser á la vez buenos cristianos.

Mas todos éstos, lo confiesen ó no, lo quieran ó no, están en camino de hacer imposible la existencia al Cristianismo.

2. Todo ataque contra la fe es un combate contra el Cristianismo, contra la religión en general.—En primera fila se cuentan entre éstos los que atacan el fundamento del Cristianismo, la fe.

¿Qué se propone ese nivelador racionalismo que, desde luego, murmura al oído del niño, y, más tarde, al del obrero revolucionado contra el mundo y contra Dios, al del vividor embrutecido y al del ávido buscador de oro, estas palabras seductoras: «¿Somos mayores?» ¿Qué se propone, sino destruir el Cristianismo y toda religión? «Las cosas no ocurren hoy como anteriormente en tiempos de la solapada dominación eclesiástica—continúa—. No somos ya tan simples, que sometamos nuestra inteligencia á principios que no conocemos. Ya no es posible engañarnos con fórmulas que superan nuestros conocimientos con un ba-

tiborrillo de fórmulas que limitan nuestro pensamiento. Queremos ser dueños de nosotros mismos; sólo queremos admitir lo que se comprende. ⁽¹⁾ Tal es la religión de la época, la religión de la civilización en espíritu y en verdad».

Difícil es comprender cómo se puede hablar aquí de religión, á menos que no se entienda nada por esta palabra, ó que se juegue con ella. La religión es, según la convicción general, la sumisión á algo más elevado, ó, si se considera esta expresión como algo ofensiva ó provocativa, ó si debemos usar el lenguaje nebuloso de nuestros días, la adhesión á un ideal superior al hombre. Pero, según ellos, la religión debe consistir en lo que el espíritu ha creado por sí mismo, en la más brutal expresión de su vanidad, de su capricho, de su fantasía.

Ahora bien, esto no es religión; esto no es más que una institución humana variable y caduca como todo lo que los hombres inventan. Más todavía; es todo lo que hay de más opuesto á la religión, porque, de parte de la inteligencia humana, es una tentativa para colocarse en lugar de Dios, para dominar su palabra y hacer de él un sirviente. Semejante manera de pensar, significa convertir al alumno en maestro de su maestro, al ignorante en juez de la verdad, al niño en hombre.

Pues bien, si la religión depende de que cada cual comprenda lo que ella enseña y exige, de tal suerte que cada profesor, cada oficial de sastre y, en definitiva, cada alumno pueda hacer de ella lo que le convenga en relación con el espíritu y la conciencia purificada del tiempo, con las necesidades de la época, que ya no son las mismas que otras veces, retamos á todos los que tienen suficiente pudor para no mentir á que nos digan si no valdría más negar toda religión.

No hay manera de ver más propia para hacer despreciable y ridícula la palabra *religión*, y para hacer creer ali-

(1) J. G. Fichte, *Grundzüge des gegenwertigen Zeitalters*. 16 Vorl. (Ges. W., VII, 228.

mundo que sólo los hipócritas y seductores hablan aún de religión. Comprendemos que hombres honrados que han tenido la desgracia de ser educados de este modo, rompan, llenos de disgusto, no sólo con el Cristianismo, sino con toda especie de ideas religiosas en general. ¿Son excusables ante su conciencia y ante Dios? No nos metemos en esto, porque nadie lo sabe mejor que ellos. En todo caso, y por lo que á nosotros respecta, los perdonamos y compadecemos de todo corazón. Porque, cuando representantes de la ciencia, que han jurado consagrarse al servicio de la palabra, no saben predicar nada mejor, sino que no hay verdad divina segura é inmutable; que todo lo que se considera como verdadero no es más que efecto de una imaginación impresionable; que las ideas religiosas de una época no sirven de guía para otra; que no sólo éstas pueden, sino que deben cambiar, si la religión quiere mantenerse; ⁽¹⁾ todos los que niegan á Dios y se mofan de la religión, pueden decir á la faz de tales maestros: «Que digáis verdad ó mentira, negocio vuestro es; pero, en el supuesto de que lo que nos enseñáis sea verdadero, somos más sinceros y más justos que vosotros al decir: «No hay Cristianismo, no hay religión».

Ó existe sobre el hombre algo que no puede dominar, ó no hay nada sólido y seguro. Así, pues, ó la fe, ó nada de religión; ó la obligación de someter el espíritu á la verdad, ó nada hay verdadero. Antes que admitir una máscara piadosa tras la cual se oculte la hipocresía, vale más negar la verdad.

3. La humanidad no puede existir sin verdad.—Pero ¿es posible que el hombre pueda existir sin fe y sin verdad?

Sin duda—fijémonos bien en esto—estas palabras serán acogidas con sonrisa de piedad por gran número de personas. «Hace mucho tiempo que hemos rechazado la fe—se dice.—¿Qué nos ha ocurrido? Pues que nos encontramos muy bien».

(1) Zeller, *Vorträge und Abhandlungen*, I, 263 y sig.

Pero ¿de quién habláis?—si es que puedo haceros esta pregunta.—De algunos profesores bien pagados, de algunos millonarios que tienen á su disposición la policía y el ejército, de algunos accionistas y explotadores del pueblo. Pero esto significa poco; porque éstos podrán vivir perfectamente á sus anchas mientras el pueblo se deje atar dócilmente á su carro, es decir, en tanto que las masas tengan una chispa de fe. Porque precisamente es la fe que niegan, y de la cual se burlan, la que los salva.

Pero ¿quién ha dado á esos seres aislados el privilegio de encontrarse ellos solos perfectamente á sus anchas sin la fe? ¿No hace mucho tiempo ya que pasó la época de los privilegios? ¿Quién podrá contener las masas que gimen á sus pies el día en que quieran gozar de esta libertad y de esta felicidad tan alabadas?

Pero no,—exclaman—no se trata de esto. Sólo el populacho debe creer. Sin ello ¿quién podría domar á esta bestia salvaje?

Así, pues, preciso sería que la inmensa mayoría de los hombres se dejase embaucar sin decir una palabra, y aceptase sin pruebas todas las mentiras y todos los engaños, sólo para permitir que algunos potentados se divirtiesen á costa de la credulidad del populacho estúpido.

Si fuese así, las masas tendrían derecho á jurar por la nada, como su única divinidad, á tomar el nihilismo por religión, ya que nada hay en lo pasado, en lo presente, ni en lo porvenir, por cuanto el derecho y la equidad no tienen cuenta de ellas. ¿Qué responder á esto? ¿Se responderá, por ejemplo, que sólo los ricos y los instruidos tienen el derecho y la posibilidad de vivir en la verdad y de encontrarse perfectamente sin ella? Pero si las masas quieren también gozar de la vida sin someterse á un derecho más elevado, ¿es que esas clases privilegiadas podrán decir aún: «Nos encontramos perfectamente?» ¿Y qué será de la humanidad con este estado de cosas?

Aquí no podemos asombrarnos suficientemente de la medianía y de la estrechez de miras de esos burlones de

la fe. Lo que menos nos asombra es que no tengan idea alguna de las necesidades espirituales de la humanidad. Para comprender que no podemos vivir sin la verdad, preciso es que uno mismo aspire á la verdad y se esfuerce en vivir según ella. Pero lo que no podemos comprender es que haya tantas personas á las que ni siquiera se les ocurra la idea de lo que llegaría á ser el orden del mundo, si llegaba á quebrantarse la fe en la verdad.

El joven licenciado en filosofía, que, antes de su doctorado, ha perdido la fe, nos enseña, con el aire de un iniciado, que el hombre no es otra cosa que un monstruo formado de barro, ó un gorila, al que las continuas privaciones y las luchas han alisado sus cabellos. Lo que se propone con esto es simplemente llamar la atención sobre él, á fin de obtener muy pronto un empleo seguro. Al obrar así, no tiene la menor intención malvada, ni puede sugerírsele la idea que nadie pueda encontrar algo de perverso en ello. ¿Cómo pensar, con mayor razón, que semejante manera de ver pueda desencadenar en millares de personas la bestia salvaje que temen, y desencadenarla quizás también en realidad en un momento dado? En la sala próxima, el profesor extraordinario de Estadística demuestra con profusión de datos y cuadros que es una pura superstición hablar aún de libertad, y, por el hecho mismo, de responsabilidad humana. Él también, al obrar así, no se propone más que un fin personal, el de llegar cuanto antes á profesor efectivo. El profesar de Derecho Internacional dice que, el referirse á la conciencia y á la Iglesia, es un crimen de lesa majestad por parte del hombre, cuyo único deber aquí bajo consiste en realizar los fines visibles del único Dios que hay en la Tierra, el Estado. Desde su cátedra, en la que nada teme, el profesor de Economía Política encoge con piedad los hombros al referirse á sacerdotes demasiado celosos y ambiciosos que desean mejorar la situación de los obreros. Comprende que esto es muy hermoso, pero que nada es posible hacer contra la dura realidad en una organización del mundo en que todo

sucede de conformidad con las leyes naturales, y en que cada individuo no es más que una pequeña parte de una gran máquina. El profesor incrédulo de Teología,—preciso es también incluir esta caricatura en la galería de la época—sonríe con aire de distinción, con Strauss, á propósito de la locura de los que creen en una Providencia, y nos declara con elegancia y dignidad que todo sigue su curso ordinario y que la lucha por la existencia es lo único que preserva á los espíritus del embrutecimiento y les impide morir de hastío. ¡Que todos tengan cuidado de no caer entre los dientes ó bajo los martillos del pilón gigantesco, porque se dará buena cuenta de él!

Cada uno de estos señores cree que la humanidad no existe más que para escucharlos y servirlos á la mesa. Pero una cosa en la cual nadie piensa es si llegará un día en que—no diremos gran número de hombres, sino la mayor parte de ellos—se den cuenta de que ya no son más que gorilas, y vean en la lucha por la existencia lo único que pueda encantar su existencia intolerable. Sí, el precipicio se abre ya bajo sus pies, pero son incapaces de hacer una reflexión seria.

Preciso es, pues, que los hechos se encargen de abrirles los ojos, si tan sordos se muestran á la voz de la razón. Pues bien, los hechos hablan ya y hablarán más alto todavía, tan alto, que los ensordecen.

Pero que aquellos que no quieren oír ahora, y que quizás tendrán que oír mucho después, piensen por lo menos que no tienen el derecho de quejarse. Durante mucho tiempo han enseñado al mundo que no hay religión, ni fe, ni verdad. Pues bien, si no hay verdad, tampoco hay derecho, y si no hay derecho, no hay injusticia. Así se verá si el mundo puede continuar existiendo mucho tiempo de este modo.

Fácil es burlarse de la ceguedad de la fe, mientras se tienen ante los ojos, creyentes á los que la fe enseña precisamente á sufrir en silencio; pero está por ver si la sonrisa no desaparecerá rápidamente de los labios de aquellos

que tan fáciles encuentran las cosas, cuando vean salir la cosecha de la simiente de dragón que ellos mismos habrán esparcido.

Que nadie diga que es esto una exageración; que nadie diga que las cosas no irán nunca tan lejos, porque en esto precisamente estriba la cuestión. Estamos convencidos de que la mayor parte de los predicadores de estas doctrinas perversas no quisieran llegar al extremo, y por esto los excusamos, siquiera no sea pequeña la responsabilidad que les incumbe por no tomar en serio una cosa tan seria. Pero ello no nos impide decirles que se engañan miserablemente. La cuestión no consistió en saber si quieren llevar las cosas tan lejos; éstas, una vez puestas en movimiento, los impulsarán por sí mismas hacia adelante; no hay más que provocar un incendio; éste se encargará de lo demás.

No es posible borrar la fe del mundo y conservar la verdad, pues esto equivaldría á declarar la guerra al sol y tratar de conservar su calor, hacer desaparecer el día y quedarse con la luz. Ó ambas ó nada; con la fe, la verdad queda en pie ó sucumbe; con la verdad, ocurre lo mismo con el derecho, y con el derecho, lo mismo con todas las cosas.

4. La obligación de creer es inseparable de la existencia de la verdad.—Toda la lucha respecto de la fe gira al rededor de esta cuestión: ¿Hay ó no hay una verdad? Si no existe, se acabó con la fe; pero si hay una verdad, una verdad que no cambie según la voluntad arbitraria del hombre, una verdad que no pueda hacer nacer el hombre porque la juzgue á propósito, una verdad que no cambie constantemente de forma con los progresos del conocimiento, una verdad que no se reglamente de conformidad con los tiempos, una verdad que permanezca inmutable, importando poco que se la admita como falsa, como justa, ó ni como justa ni como falsa, en una palabra, una verdad que esté por encima del hombre y de la humanidad, debe entonces existir una fe. Porque creer no es

otra cosa que reconocer la existencia de una verdad que está por encima de nosotros, y que se aplica lo mismo á las verdades naturales que á las sobrenaturales.

Que uno conozca ó no la tabla de Pitágoras y la Ley de la caída de los cuerpos, no cambia en nada su verdad. Al que no pueda profundizarlas y penetrarlas, no le toca más que creer en ellas. Sin embargo, aunque no las crea, no impide que sean verdaderas, y al obrar así, no hace más que negar la verdad en cuanto de él depende.

Pero un espíritu inteligente, cultivado, puede sin esfuerzo apropiarse el contenido de estas leyes, porque ellas carecen de bien transcendental para él. Tampoco puede decirse que entonces estén debajo de él, porque el hecho de conocerlas no las hace dependientes de él. Sin embargo, las posee, conoce su fundamento, y las penetra en su origen, en su conjunto, en su necesidad, y á esto no se le llama fe, sino ciencia. Esto tiene lugar, ó puede tener lugar más ó menos en todas las verdades del orden natural, siquiera muchos hombres no vayan tan lejos, siquiera sea rara vez posible una penetración completa, y que un cierto grado de fe sea difícil de separar de los conocimientos de los sabios.

Pero hay otras verdades que superan á la inteligencia humana y que nos son manifestadas por la Revelación sobrenatural de Dios. Jamás una inteligencia humana las hubiera descubierto, y jamás las hubiera conocido, sin una comunicación sobrenatural. ⁽¹⁾ En presencia de ellas, el hombre queda siempre en cierta dependencia, supuesto que son siempre superiores á él, é inmutables, aun cuando las acepte. Puede negarlas, pero no por eso dejarán de ser la verdad. Al obrar así, no hace más que pecar contra la verdad, contra la razón y contra el deber, que no le permite jamás dejar de someterse á una verdad, porque ella esté sobre él y sea independiente de él.

Si existe una verdad sobrenatural, existe también una obligación de creer en ella. El que rehusa creer, no dero-

(1) I Cor., II, 7 y sig.